

LA CIUDAD DE MÉXICO: LETRAS E IMÁGENES, XVI-XX

Salvador Albiñana

Universitat de València

Resumen: Fundada de nuevo en 1521 sobre el asolado emplazamiento indígena, México fue en la época colonial la mayor ciudad americana. A lo largo de su historia ha alentado imágenes y escritos con un amplio registro de géneros y estilos, si bien la mirada extranjera ha hecho invisible la ciudad moderna.

Palabras clave: México colonial y contemporáneo, literatura, arte, historia urbana.

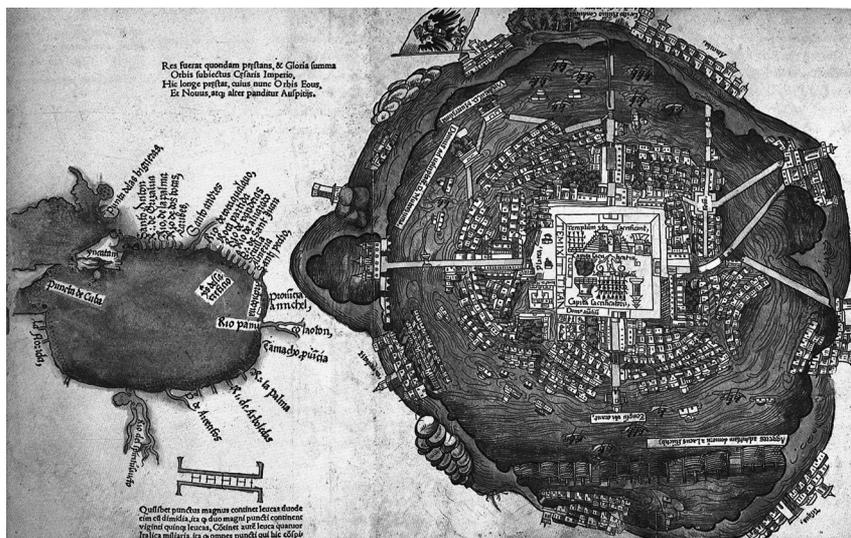
Abstract: Founded again in 1521 over the ruins of the old native settlement, Mexico was the biggest city of the American colonial era. All along its history it has been the inspiration of a great variety of images and texts that may have in common the fact that the foreign regard has always tended to make invisible the modern city.

Key words: Colonial and Modern Mexico, literature, art, urban history.

“À Mexico, la mémoire humaine est plus trompeuse et plus fragile qu’ailleurs. Ses repères surgissent puis s’effacent au rythme accéléré des générations. Le décor urbain est si mouvant qu’il n’offre qu’un minimum d’ancrage au souvenir. [...] Rien de commun avec la rassurante immobilité des cités européennes”. De engañosa y frágil ha calificado Serge Gruzinski la memoria de una ciudad en la que, observó Tovar de Teresa en su crónica de un patrimonio perdido, un siglo ha destruido lo edificado por el anterior. La historia de México es, para Gonzalo Celorio, la historia de una destrucción permanente. Hacer y deshacer que de continuo ha convocado imágenes, crónicas, relatos de viajeros, novelas y poemas, si bien los extranjeros describieron con más entusiasmo la ciudad colonial que la moderna. De algunos de esos trazos y escritos da cuenta esta nota.¹

En 1524, en Nuremberg, se publicó el primer plano de la ciudad de México. Acompañaba la edición latina de la segunda carta que Hernán Cortés

¹ Serge Gruzinski, *Histoire de Mexico*, París, Fayard, 1996. Guillermo Tovar de Teresa, *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, México, Fundación Cultural Televisa, 1991. Gonzalo Celorio, *México, ciudad de papel*, México, Tusquets, 1997. Se presenta aquí una versión revisada y ampliada de “13 fragmentos para el DF”, publicado en la revista *Lars. Cultura y Ciudad*, 21, 2010.



Praeclara Ferdinandi Cortesii de Nova Maris Oceani Hyspania Narratio..., Norimberga,
 Fridericum Peypus, MDXXIII

había escrito a Carlos V con el relato de su llegada a Tenochtitlán en noviembre de 1519. No conocemos el nombre del autor del grabado que se ha atribuido a Martin Plinius. Tampoco se conserva el dibujo que le sirvió de inspiración, un plano que envió Cortés, elaborado a partir del que, por orden suya y para mejor decidir la táctica de ataque, debieron hacer agrimensores mexicas. Mapa circular, en forma de rueda, cuyos errores de orientación y licencias descriptivas no impiden que se perciba con claridad el carácter insular de la ciudad —está fundada en esta laguna salada, escribió el conquistador—, su condición de centro político prehispánico y la enorme dimensión del espacio ceremonial, del *Templum ubi sacrificant*, el gran Teocalli escalonado. Un lugar que en la actualidad mantiene intacta su condición simbólica bajo el nombre de Zócalo, gran almacén de la nostalgia, al decir de Carlos Monsiváis.²

La ciudad mexicana, que provocó la maravillada descripción de Hernán Cortés y de Bernal Díaz del Castillo, no ofrecía un espacio tan saturado como el que vemos aquí. Tras el largo asedio, Tenochtitlán —fundada hacia 1325— había quedado asolada. Tardaría en ser reconstruida y lo sería, escribió Octavio Paz en algún verso de su *Nocturno de San Ildefonso*, “sobre el

² Richard Kagan, *Imágenes urbanas del mundo hispánico, 1493-1780*, Madrid, El Viso, 1998. Jessica Ramírez, *La ciudad de México en el siglo XVI. La urbe y las letras*, en prensa. La referencia a Monsiváis en la entrada 23 del apéndice de textos.

canal cegado y el ídolo enterrado”. Esa primera cartografía de la ciudad que pronto se llamaría México, se dejó notar por largo tiempo. Lo recuerda el *Insularium*, de Benedetto Bordone, aparecido en Venecia en 1528; el *Islario de todas las islas del mundo*, del cosmógrafo Alonso de Santa Cruz (entre 1539-1560); y el plano que Theodore de Bry publicó en el libro catorce de *Los viajes a las Indias Occidentales*, publicado en Frankfurt, en 1630.³

Sobre esos ídolos y templos enterrados –cuyos fragmentos han aflorado en ocasiones– y, de manera particular, sobre la creciente desecación del gran lago de Texcoco, fue apareciendo la ciudad colonial. Una ciudad, pronto celebrada por cronistas y viajeros, que, contra la norma del urbanismo americano, se levantó sobre el emplazamiento original. A juicio del arquitecto Teodoro González de León –promotor, junto con Alberto Kalach, de una recuperación de los lagos primigenios– los conquistadores admiraron Tenochtitlán, pero no entendieron el peculiar urbanismo lacustre y quebraron el equilibrio hidráulico, favoreciendo periódicas inundaciones, como la muy devastadora de 1629, cuyos estragos se hicieron notar por unos años.⁴ La reconstrucción ordenada por Cortés se hizo de acuerdo con la traza reticular del alarife Alonso García Bravo. Laboriosa y lenta, en ella intervinieron miles de indígenas, como lamentó, con tono apocalíptico, el franciscano Toribio de Benavente, *Motolinía*. A causa de la elevada mortalidad provocada por las obras, incluyó la reedificación de la ciudad entre las diez plagas que, a semejanza de las bíblicas, asolaron México en la conquista y en los inicios de la colonización. Las ruinas convivieron con las obras y con las periódicas epidemias que estragaron la población indígena, al tiempo que la llegada de la imprenta y la fundación de la universidad, entre 1540 y 1550, preludiaban la ciudad letrada. A cincuenta años de la conquista, Abraham Oertel la calificaría de “reyna de todas las ciudades del orbe nuevo”, en su *Theatrum Orbis Terrarum*, publicado en 1570.⁵

La aparición de la urbe novohispana puede seguirse a través de planos como los de Alonso de Santa Cruz (1550), el primero elaborado por indígenas, y sobre todo de Juan Gómez de Trasmonte –mapa coloreado de 1628, previo, por tanto, a la gran inundación. La grandeza y virtudes de

³ Sonia Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*, 2 vols., México, Smurfit Cartón y Papel, 1997.

⁴ Teodoro González de León, “Vuelta a la ciudad lacustre”, *Letras Libres*, 153, septiembre de 2011, pp. 14-15. La revista presenta un dossier –El rescate de los lagos– acerca de este proyecto. Richard E. Boyer, *La gran inundación. Vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638)*, México, SEP, 1973.

⁵ Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, edición de Claudio Esteva, Madrid, Historia 16, 1985. Abraham Oertel, *Theatrum Orbis Terrarum*, Amberes, Christophe Plantin, 1570. Ana Rita Valero, *La ciudad de México, su primera traza*, México, INHA, 1984.

la ciudad barroca fueron objeto de la admiración de viajeros y cronistas. En el comienzo del repertorio de *laus civitatis*, en la fundación literaria de la ciudad, el poema de Bernardo de Balbuena, *Grandeza Mexicana*, publicado en 1604. “En ti se junta España con la China / Italia con Japón, y finalmente / un mundo entero en trato y disciplina”, escribió el español Balbuena, con indudable aliento criollo.⁶ Poco después, recibiría la visita del dominico Thomas Gage, de camino a las Filipinas. El fraile quedó escandalizado por la riqueza de iglesias y conventos, si bien las censuras no son del todo ajenas al hecho de que el *Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales* fue escrito, ya de regreso en Londres, acompañando una crisis que llevaría a Gage del catolicismo al puritanismo reformado. A fines del XVII llegaría el calabrés Francesco Gemelli Careri quien, en su *Giro del Mondo*, aparecido en 1699 y 1700, se sorprendió del elevado número de negros y mulatos de la ciudad, aunque sin duda esa invisibilidad del indio se debía más a su lejanía del centro urbano criollo y español, bien provisto de servidumbre doméstica de origen africano. Por esas fechas la ciudad alcanzaba los cien mil habitantes y menudeaban clérigos, frailes y monjas, cabal ejemplo de la que Ramón María Serrera ha llamado conventualización del urbanismo americano. Muchos de los edificios mencionados por los viajeros –que irían haciendo visible el tono rojizo del tezontle, una piedra volcánica muy utilizada en el barroco– asoman en el biombo de los condes Moctezuma, decorado en 1692 con una vista de la ciudad.⁷ Ese año México se vería conmovida por una populosa revuelta causada por el alza del precio del maíz. La protesta llegó a provocar un incendio en el palacio del virrey y en el viejo mercado de madera de la Plaza de Armas. Del suceso dejó airado testimonio Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo real de la Nueva España y catedrático de la universidad de México, en su *Alboroto y motín de los indios*. El relato ilustra la percepción criolla de la ciudad, alarmada y ofendida por una algarada que quebraba la distinción entre Corte y ciudad, por cuenta de una “plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de la que se reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros criollos y bozales de diferentes naciones, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de espa-

⁶ Trinidad Barreda, “Entre la realidad y la exaltación: Bernardo de Balbuena y su visión de la capital mexicana”, Carlos Alberto González S., Enriqueta Vilar (comp.), *Grafiyas de lo imaginario. Representaciones culturales en España y América*, México, FCE, 2003, pp. 355-364.

⁷ *Le Mexique à la fin du XVIIIe siècle, vu par un voyageur italien Gemelli Careri*. Présentation de Jean-Pierre Berthe, Paris, Calmann-Lévy, 1968. Francisco de la Maza, *La ciudad de México en el siglo XVII*, México, SEP, 1968. Ramón M. Serrera, *La América de los Habsburgo, 1517-1700*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2011. Antonio Rubial García (coord.), *La ciudad barroca*. Vol. II de la *Historia de la vida cotidiana en México*, dirigida por Pilar González Aizpuru, México, El Colegio de México-FCE, 2005.

ñoles que, en declarándose zaramullos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre esta ruin canalla”. Cuidada taxonomía de la sociedad mestiza que, por una vez irrumpió en el centro de la capital del virreinato, un centro político y religioso que recrearía Cristóbal de Villalpando en su muy animada *Vista de la Plaza mayor de México*, un cuadro pintado en 1695 en el que se deja notar el estrago causado por el motín en el palacio del virrey.⁸ El modelo colonial segregaba las dos repúblicas, la de indios y la de españoles, aunque el creciente mestizaje y la intensidad del contacto entre indios, criollos y españoles, algo atenuaron esa discriminación en la topografía urbana. No obstante, la ciudad tardaría en ser mestiza. A fines del XVIII, ha recordado Gruzinski, todavía no lo era; blancos e indios representaban las tres cuartas partes de una población de 135.000 habitantes.⁹

En 1803 viajó por México Alexander von Humboldt, el ilustrado científico y naturalista alemán, cuyo calificativo de “la región más transparente del aire” para referirse al valle del Anáhuac ha tenido gran fortuna literaria gracias a Alfonso Reyes. Por entonces se instalaba la estatua ecuestre de Carlos IV, primer monumento civil de la ciudad, obra de Manuel Tolsá, autor también del Palacio de Minería, relevante centro para la formación de ingenieros y metalúrgicos, y excelente compendio del canon neoclásico, acabado en 1813. Del crecimiento de la ciudad ilustrada daban cuenta los planos de Carlos López de Troncoso (1760) y de Diego García Conde (1793) que detalla la situación de los edificios ocupados por la Universidad, por los colegios y por conventos e iglesias. Notable esplendor alcanzó la edificación patricia. Entre las residencias nobiliarias sobresalía la de los condes de Santiago Calimaya, hoy sede del Museo de la Ciudad, obra de Francisco Guerrero y Torres. Este arquitecto diseñaría también el palacio de los condes de San Mateo de Valparaíso y marqueses de Jaral del Berrio, el primero de tres plantas que se levantó en la ciudad, acabado de construir en 1785, con una elegante combinación de cantera y tezontle. En los inicios de la Independencia fue residencia de Agustín de Iturbide, libertador y efímero emperador de México, y desde 1855 albergó el Hotel Iturbide, el primer hotel moderno de la ciudad. Otro edificio muy notable fue el de los condes del Valle de Orizaba, comenzado en 1793, cuya característica fachada de cerámica poblana, pronto lo convirtió en la *Casa de los azulejos*,

⁸ Cuauhtémoc Medina (ed.), *La imagen política*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Estéticas, 2006. Carlos de Sigüenza y Góngora, *Teatro de virtudes políticas. Alboroto y motín de los indios de México*, México, Miguel Ángel Porrúa-UNAM, 1986. Juana Gutiérrez, Pedro Ángeles, Clara Barcellini, Rogelio Ruiz Gomar, *Cristóbal de Villalpando, ca. 1649-1714*. Catálogo razonado, México, Fomento Cultural Banamex, 1997.

⁹ Gruzinski, *op. cit.*, p. 293.

una de las imágenes más reiteradas del centro histórico de la ciudad, y desde 1917 sede de un establecimiento de la cadena Sanborn's. Época de crecimiento económico, el auge de la plata novohispana en el Setecientos favoreció la arquitectura e hizo correr tratos y contratos. Hacia 1778, el criollo Juan de Viera nos dejó una viva descripción del Parián –término de origen tagalo que recuerda la intensidad del contacto entre México y las Filipinas–, un mercado que fue ampliado en el XVIII. Pequeña ciudadela mercantil con toda clase de géneros “así para la gente plebeya como para la más pulida”, escribe Viera.¹⁰

Las convulsiones políticas del tránsito a la Independencia dañarían parte de la ciudad colonial. En 1839, una curiosa viajera, la escocesa Frances Erskine, esposa de Ángel Calderón de la Barca, primer embajador de España en México, en su *Life in Mexico* describió una ciudad cuyo centro estaba un tanto abandonado –el palacio de Iturbide, ricamente labrado, está “ahora casi en ruinas”. Por esos años, el funcionario inglés Charles Joseph La Trobe, haciendo un parangón entre la monumentalidad mexicana y la colonial, se refirió a México como la ciudad de los palacios, una imagen muy recurrente en la descripción del centro histórico de México. A la que había sido la ciudad barroca no le quedaba mucho tiempo, no tardaría en apagarse. Lo haría con la política desamortizadora liberal.¹¹

Las leyes de Reforma impulsadas por Benito Juárez entre 1855 y 1867, alteraron la traza del centro y menguaron un tanto el urbanismo conventual. Un buen ejemplo lo ofrece el convento de San Francisco, suprimido en 1856, cuyo emplazamiento y reforma describió Novo con cierto detalle en su guía histórica de la ciudad. El tránsito a la época contemporánea acompañó el largo régimen de Porfirio Díaz [1876-1910] en el que predominó la arquitectura de tono afrancesado, acorde con la coloración francesa de las artes y las letras, una influencia muy notable a partir de 1880. México quintuplicó su extensión, y entre 1858 y 1910 pasó de 8.5 a 40.5 kilómetros cuadrados de extensión. La ciudad porfiriana, de la que hay abundantes ejemplos en la colonia Roma, encontraría en el grabador José Guadalupe Posada un atento, eficaz y popular cronista.¹²

Con la Revolución –de escenario más rural que urbano– la ciudad de México se convirtió en un oasis para muchos hacendados que huían de la

¹⁰ Alexandre de Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, París, Schoell, 1811. Joaquín Berchez, *Arquitectura mexicana en los siglos XVII y XVIII*, México, Grupo Azabache, 1992. En Manila, el Parián era el mercado de los productos importados. Recinto cerrado, pero no techado, que saltó a la Nueva España; el de México desapareció en 1829. La referencia a Viera en la entrada 6 del apéndice.

¹¹ Véanse las entradas 7 y 8 del apéndice.

¹² La referencia a Novo en la entrada 15 del apéndice. Rafael Barajas Durán (El Fisgón), *Posada, mito y mitote. La caricatura política de José Guadalupe Posada y Manuel Alfonso Manilla*, México, FCE, 2009.

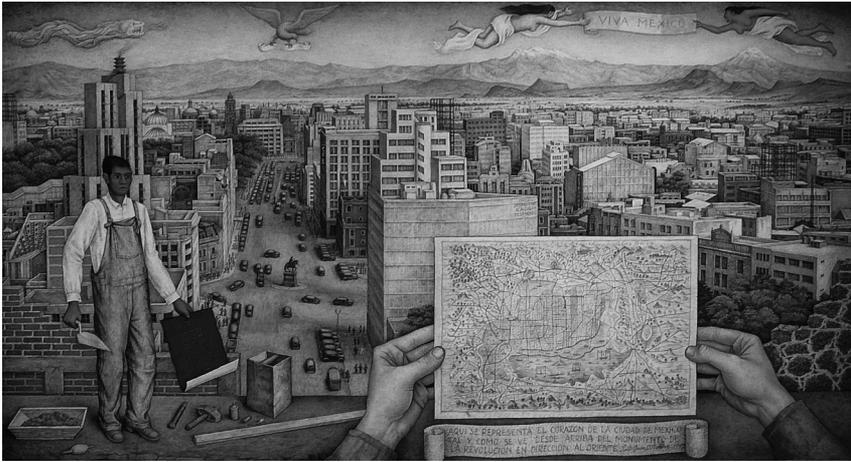
fiesta de las balas, como la llamara Martín Luis Guzmán en su novela *El águila y la serpiente*, publicada en Madrid en 1928. Tras la Revolución, el patriciado comenzó a abandonar el centro, la ciudad creció en tamaño y población y pronto fueron apareciendo artistas y escritores norteamericanos y europeos ávidos de exotismo y primitivismo y, en algunos casos, deseosos de asistir o participar en la construcción de un nuevo México. Los setecientos mil habitantes de 1910 eran novecientos mil diez años más tarde. Para 1930, la ciudad tenía un millón doscientos mil; en 1940, alcanzaba un millón setecientos mil y en 1950 superaba ligeramente los tres millones.

La fecha de 1940 señaló el comienzo del desenfreno urbano. Ese año, de nuevo en México tras largos años de vida diplomática, Alfonso Reyes lanzaba la requisitoria de su *Palinodia del polvo*: “¿Ésta es la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico? ¿Por qué se empaña, por qué se amarillece?”¹³ Y Efraín Huerta, que junto con Homero Aridjis, hizo de la ciudad frecuente materia poética, hablaba en su *Declaración de odio*, de una ciudad de ceniza y tezontle cada día menos puro, de una ciudad de acero, sangre y apagado sudor. Por algunas de sus calles caminaba el atormentado Rodolfo de la Cruz en esa primera novela mexicana de género policíaco que fue *Ensayo de un crimen*, de Rodolfo Usigli. La década de los cuarenta se cerraba con el *Paisaje de la Ciudad de México*, de Juan O’Gorman, un cuadro que en 1949 obtenía el primer premio del concurso “La ciudad de México vista por sus pintores”, convocado por el diario Excelsior. Para entonces, O’Gorman, severo crítico del *revival* azteca-californiano y del baratillo colonial, había abandonado la arquitectura, una actividad en la que fue autor de obras muy notables del funcionalismo como las casas-estudio de Diego Rivera y Frida Kahlo, construidas entre 1931 y 1932 en San Ángel.¹⁴

En el cuadro de O’Gorman la ciudad está vista desde el Monumento a la Revolución hacia el oeste, por donde entonces crecía, y el pintor sostiene en sus manos el plano que para el cartógrafo real Alonso de Santa Cruz habían realizado en 1540 colaboradores nativos. Tutelada por imágenes heráldicas como Quetzatcoatl y los dos volcanes, O’Gorman, ignorando las escalas y la realidad topográfica, muestra el cruce de las avenidas República y Reforma, con el *caballito*, la estatua ecuestre de Carlos IV de Tolsá. También vemos edificios característicos como la Casa de los Azulejos —el frecuentado Sanborn’s—, el edificio Guardiola, una monumentalizada Lotería Nacional, la cúpula del Palacio de Bellas Artes y frente a él, La Nacional, el primer rascacielos de la ciudad, obra de Manuel Ortiz Monasterio, edificado entre 1931 y 1932. El cuadro está dedicado a los constructores de la ciudad que el pintor encarna en ese albañil con overol a cuyos pies se des-

¹³ Alfonso Reyes, “Palinodia del polvo”, *Romance*, 9, 1940.

¹⁴ Véase la entrada 9 del apéndice.



Juan O'Gorman, *Paisaje de la ciudad de México*, 1947, Museo de Arte Moderno, México

pliega una suerte de bodegón con utillaje escasamente moderno. Frente a la visión del cuadro de O'Gorman como glorificación del auge modernizador de la ciudad, Adriana Zavala ha analizado la pintura como ejemplo de la llamada “geografía moralizada”; se trataría más bien de una crítica de la erosión sufrida por la ciudad mexicana de la que apenas vemos un pequeño fragmento de muro en la parte inferior.¹⁵

“The real Mexico is outside Mexico City”, escribió Robert Redfield en su libro sobre Tepoztlán, publicado en 1930. Esta especie de *dictum* primitivista y campesino ilustra, a juicio de Mauricio Tenorio Trillo, la intimidad entre lo rural y lo mexicano que es común en la mirada extranjera contemporánea. De esa condición invisible de la ciudad de México hay numerosos ejemplos en los años veinte y treinta. La escritora y viajera francesa Titaÿna, editora de la revista *Jazz*, que desembarcó en Veracruz en 1930 con el propósito de preparar un documental que iba a titularse *Les indiens, nos frères*, no tardaría en declarar que “el verdadero viajero no tiene sino una idea: dejar los pocos kilómetros de carreteras en los que circulan camiones para encontrar los senderos por los que caminan las mulas. El México antiguo y pintoresco, sí. El México moderno, no. En este orden de ideas, de todas maneras vale más New York o París”. Es indudable la escasa atención prestada por los extranjeros a la ciudad, aunque algunos escritores del exilio republicano tuvieron ojos para verla. José Moreno Villa, que tanto gusto de las calles Niza y Florencia –muy dañadas en la actualidad–, habló de los

¹⁵ Adriana Zavala, “Mexico City in Juan O'Gorman's imagination”, *Hispanic Research Journal*, diciembre 2007, pp. 491-506.

claroscuros de la ciudad, entre el sucio centro y el luminoso y civilizado Pedregal de San Ángel. El poeta Juan Rejano nos invitó a verla desde la altura, en particular desde las azoteas, esos espacios que Carlos Monsiváis ha descrito como extensión natural del Rancho y reducto de la reforma agraria.¹⁶

A comienzos de los años veinte fue cantada por los estridentistas, aunque “la ciudad insurrecta de anuncios luminosos”, de Manuel Maples Arce, estaba más cerca de la retórica vanguardista que de la realidad urbana. Por lo demás, esa inicial filiación cosmopolita cedió ante una estética algo más rural y vinculada a los logros de la Revolución. Mediados los años veinte la celebraba exultante el joven Salvador Novo –gozoso *flâneur* y fino y ácido cronista de la vida urbana– a quien Manuel Rodríguez Lozano retrató en 1924 en el interior de un taxi, en una escena urbana y nocturna. A comienzos de los treinta, los fotógrafos Agustín Jiménez y Manuel Álvarez Bravo realizaron excelentes reportajes de vida moderna para publicaciones como *Revista de Revistas* e *Imagen*.¹⁷ No obstante, por esos años de intensa reivindicación obrera, la ciudad fue sobre todo la geografía del combate político, y también de la carpa y el cabaret, del pelado, bien encarnado por Mario Moreno, *Cantinflas*, y las ficheras, una ciudad clandestina por momentos que José Chávez Morado supo ver en las seis maderas de la carpeta *Vida nocturna de la ciudad*. Así la vio también, en ese balance literario del fracaso de la Revolución, Carlos Fuentes en *La región más transparente*, publicada en 1958. La primera novela que otorgaba voz propia a la ciudad de México.

Colonial con algún vestigio mexicana, en su desordenado crecimiento México ha sido y es –con muy diverso grado de prestancia y deterioro– porfiriana y déco, racionalista y neocolonialista, burguesa, popular y proletaria. Desde los años treinta –lo ha recordado Gruzinski– se fue colmando de colonias salvajes y de ciudades perdidas cuya regularización alentaría el clientelismo político. En alguno de esos urgidos tiraderos, en los miserables arrabales de casas a medio hacer y entre jóvenes abandonados, documentó Luis Buñuel *Los olvidados*, estrenada, con polémica y escándalo, en 1950.¹⁸ Atroz y amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable, así

¹⁶ Mauricio Tenorio Trillo, *City upon a Lake. Essays on Mexico City as World's Modernist Capital, 1870-1940*, en prensa. Salvador Albiñana, “Ensayo de una ciudad. México en la fotografía de Agustín Jiménez”, *Lars. Cultura y Ciudad*, 5, 2006. Véanse las entradas 10 y 12 del apéndice.

¹⁷ *El estridentismo. México, 1921-1927*, introducción, recopilación y bibliografía Luis Mario Schneider, México, UNAM, 1985. Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos ayer*, México, FCE, 1985. Salvador Albiñana y Horacio Fernández, *Mexicana. La fotografía moderna en México, 1923-1940*, Valencia, IVAM, 1998.

¹⁸ AA. VV., *Los Olvidados, una película de Luis Buñuel*, s.l., Fundación Televisa-Turner, 2004.



José Chávez Morado, “Por esas calles”, *Vida nocturna de la ciudad*.
6 maderas, México, EAM, 1936

se ha referido a ella Gonzalo Celorio para quien México es hoy una mancha expansiva que trepa por los cerros, o —como ha querido verla Juan Villoro— crece hacia el subsuelo. Todas esas ciudades que hay en la ciudad de México comparten un mismo cielo, un cielo que con frecuencia huye del azul, y en el que se prodigan esos atardeceres cárdenos de los que habló Juan Gil-Albert. Atardeceres. Diferentes soles —urbanos, terminales, doloridos— para un hermoso poema de Antonio Deltoro que puede leerse en unos de los fragmentos de esta breve antología literaria.¹⁹

¹⁹ Véanse las entradas 17, 19, 20 y 21 del apéndice.

TEXTOS

1

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tienen cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jine-tas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por donde atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. [...] Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimiento como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. [...] Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios de ella, y en las principales de ellas hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas, para los cuales, demás de las casas donde tienen los ídolos, hay buenos aposentos.

Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, edición, introducción y notas de Mario Hernández, Madrid, Historia 16, 1985. [Segunda Carta de Relación, fechada en 1520]

2

La séptima plaga fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén, porque era tanta la gente que andaba en las obras que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra.

Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, edición de Claudio Esteva, Madrid, Historia 16, 1985. [Texto fechado hacia 1541]

3

Luego, otro día de mañana, partimos d'Estapalapa muy acompañados de aquellos grandes çaçiques que atrás he dicho. Íbamos por nuestra calçada adelante, la qual es ancha de

ocho pasos y va tan derecha a la çibdad de México que me parece que no se torçia poco ni mucho; e puesto qu'es bien ancha iva llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entravan en México y otros que salían, y los indios que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como binieron porqu'estavan llenas las torres e cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no hera cosa de maravillillar porque jamás avían visto cavallos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué nos dezir, o si era verdad lo que por delante pareçia; que por una parte, en tierra, avía grandes çibdades, y en la laguna otras muchas, e víamoslo todo lleno de canoas, y en la caçada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran çibdad de México. Y nosotros aun no llegávamos a quatroçientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e abisos que nos dixeron los de Guaxoçingo e Tascalá y de Tamaulaco y con otros muchos avisos que nos avían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos avían de matar desde dentro nos tuviesen. [...] Y fue esta nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran çibdad de Tenustitan, México, a ocho días del mes de novienbre, año de Nuestro Salvador Jesucristo de mill e quinientos y diez y nueve años. Graçias a Nuestro Señor Jesucristo por todo; e puesto que no vaya espresado otras cosas que abía que dezir, perdónenme sus mercedes, que no lo sé mejor dezir por agora hasta su tiempo.

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción de Miguel León-Portilla, Madrid, Historia 16, 1991. [Texto escrito entre 1568 y 1575]

4

La India marfil, la Arabia olores cría,
hierro Vizcaya, las Dalmacias oro,
plata el Pirú, el Maluco especiería,

seda el Japón, el mar del Sur tesoro
de ricas perlas, nácares la China,
púrpura Tiro, y dátiles el moro.

México hermosa peregrina,
y altísimos ingenios de gran vuelo,
por fuerza de astros o virtud divina;

al fin, si es la beldad parte del cielo
México puede ser cielo del mundo,
pues cría la mayor que goza el suelo.

¡Oh ciudad rica, pueblo sin segundo,
más lleno de tesoros y bellezas
que de peces y arena el mar profundo!

Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, 1604. Bernardo de Balbuena, *La Grandeza Mexicana y Compendio apologético en Alabanza de la poesía*, estudio preliminar de Luis Adolfo Domínguez, México, Editorial Porrúa, 1990, 5ª ed.

5

No hay más que cincuenta iglesias parroquiales y conventos de frailes y monjas; pero los que se ven son los mejores que yo conozco. Los techos y las vigas están dorados, adornan columnas de mármol de diversos colores la mayor parte de los altares y las gradas son de madera del Brasil, en una palabra, los tabernáculos son tan ricos que el menor vale 20.000 ducados. Todo esto causa admiración en la gente simple, y la admiración propicia la diaria adoración de la riqueza, a la par que la devoción por las imágenes de los santos.

Además de lo hermoso de los edificios, son infinitas las alhajas y riquezas que pertenecen a los altares como casullas, capas, dalmáticas, doseles, colgaduras, ornamentos de altar, candeleros, joyas, coronas de oro y de plata, y las custodias de oro y cristal, tesoros que reunidos valen una mina de plata, y podrían enriquecer a la nación si se hiciera de ellos mejor uso.

No diré gran cosa de los religiosos y religiosas de México, sino que gozan de mucha más libertad que la que tendrían en Europa, pues la tienen en demasía, y que los escándalos que dan todos los días, claman al cielo por venganza, juicio y destrucción.

Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales*, prólogo de Brian F. Connaughton, México, Conaculta, 1994. [El texto fue escrito entre 1642-1647]

6

El Parián que tiene la forma de una ciudadela o castillo, cuenta con ocho puertas y quatro calles, con su plaza en medio que es la que llaman el Baratillo Grande. Todo, por adentro y fuera, son tiendas de todo género de mercancía, así de la Europa como de la China y de la tierra, con infinita variedad de loza, pedrería, argentería, pasamanería, etc., que deposita en sí más de treinta millones de valor. En el centro del baratillo hai formadas calles de jacaes o barracas y este centro se compone de ropas hechas y de todo género de utensilios nuevos para todo género y calidad de personas. Véndensse a la mano particularísimas curiosidades de láminas, relojes, vasos y otras mil cosas de plata; espadas, espadines, armas de fuego, jaecces, libros, nichos, imágenes, cristales, etc., siendo tan crecido el número de la gente que anda por el medio que se atropellan los unos a los otros. Dos de estas calles que forman el quadro del baratillo son de zapatería por una y otra banda, donde se encuentran calzados así para la gente plebeya como para la más pulida, a más de obra negra, hai mucha de tafilete de todos colores a algunas bordadas de rasos, terciopelos y riquísimas telas.

Juan de Viera, *Narración de la ciudad de México, corte y cabeza de toda la América septentrional*, 1778. Agustín de Vetancourt, *Juan Manuel de San Vicente*, Juan de Viera, *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780)*. *Tres crónicas*, prólogo y bibliografía Antonio Rubial García, México, Conaculta, 1990

7

But let us do the stern old conquerors justice. Their minds appear to have been imbued with the pervading spirit of the land which they conquered. All around them was strange, and

wonderful, and colossal – and their conceptions and their labours took the same stamp. Look at their works: the moles, aqueducts, churches, roads – and the luxurious City of Palaces which has risen from the clay-built ruins of Tenochtitlan, at a height above the ocean,

Charles Joseph La Trobe, *The Rambler in Mexico*, New York, Harper & Brothers, 1836

8

Hice mi debut en México yendo a misa a la Catedral. Al atravesar el coche la Alameda, que se encuentra cerca de nuestra casa, admiramos sus nobles árboles, las flores y las fuentes, y bajo el sol todo era un golpe de brillos para la vista. Eran pocos los carruajes que transitaban por ella; se veían algunos caballeros montando a caballo; unas gentes amantes de la soledad, descansaban en las bancas de piedra; profusión de mendigos, y los forçats con sus cadenas, regando las avenidas. Pasamos por la calle de San Francisco, la calle más hermosa de México, tanto por sus tiendas como por sus casas (entre ellas, el palacio de Iturbide, ricamente labrado, pero ahora casi en ruinas), y que termina en la plaza donde se levantan la Catedral y el Palacio. Las calles estaban llenas de gente, pues era día de fiesta; y en un cielo transparente, el sol dejaba caer sus rayos sobre un conjunto de vivos colores; y los pintorescos grupos de soldados, frailes, campesinos y señoras de velo; la falta absoluta de proporción en los edificios, el primor de tantas iglesias y viejos conventos; y ese aire de grandeza que reina por todas partes, aun en donde el tiempo puso su mano o dejó en ruinas el talón de hierro de la revolución, todo contribuye a mantener la atención alerta y a excitar el interés.

Madame Calderón de la Barca, *La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país*, 1839-1841. Traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor, México, Editorial Porrúa, 1976, 2ª edición. Carta VII

9

El tema que nos ocupa hoy, es con el propósito de orientar al público en materia de arquitectura, y para referirme a las declaraciones que hizo el Departamento del Distrito Federal por conducto de sus Oficinas de Arquitectura y por medio de la prensa hace algunos días, declarándose a favor de la Arquitectura Colonial y criticando a la arquitectura moderna, con la frase ya muy gastada de cajones con agujeros. Esto indica torpeza y falta de criterio de quienes se han expresado así, manifestando su falta de cultura. Es una bochormosa necesidad el tratar de detener el progreso humano aparte de demostrar un criterio reaccionario, pues solamente si viviésemos en la época de los virreyes, en los tenebrosos días del santo tribunal de la inquisición y sólo así, tendríamos la arquitectura correspondiente, es decir, la arquitectura colonial. [...]

En la Dirección de planificación del Departamento del Distrito Federal, se insiste en que es necesario conservar lo que llaman el carácter de la ciudad, y por carácter sólo han entendido las antiguas casas coloniales del México Viejo, convertidas en su gran mayoría, en asquerosas casas de vecindad adonde el pueblo vive miserablemente. Para las personas que se declaran a favor del llamado carácter colonial de la ciudad, es más importante este famoso carácter que la vida misérrima de sus habitantes proletarios. [...]

Si se cree que esta arquitectura de baratillo colonial o de palacete de Hollywood va a tener un atractivo para el turismo norteamericano en México, se está en un grave error, pues así como es verdad que los monumentos coloniales legítimos tienen un gran interés histórico, las falsificaciones arquitectónicas nunca lo podrán tener y quedarán marcadas con el sello del falsificador.

Juan O’Gorman, “El Departamento Central Inquisidor de la Nueva Arquitectura”, *Frente a Frente*. Órgano de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, México, 5, 1936

10

El carácter urbano de México, siendo tan complicado a primera vista, puede resumirse diciendo que tiene un poderoso claroscuro. Hay un aspecto claro, brillante, anchuroso, y un aspecto sombrío, sórdido y estrecho. A la parte vieja de la ciudad le corresponde hoy este segundo aspecto; no lo tuvo antaño, ha sido cosa de estos últimos tiempos. El México antiguo, con su traza urbana colonial, de calles rectas y anchurosas, era más que suficiente para el trajín de los siglos pasados, trajín de tres coches, siete carros y diez carretas. Pero al cabo de los siglos, aquellas claras y anchurosas calles se han quedado estrechas y oscuras. Oscuras por el amontonamiento loco de letreros, anuncios, repintes, cartelones y toda clase de pegotes feos en las fachadas; estrechas, porque se amontonan en ella los comercios, bancos, oficinas, mercados, cafés, teatros y, en suma, todas esas células que traen consigo coches particulares o populares, carros de mudanza, autos de mercancía, camiones de reparto, motocicletas y bicicletas, tranvías y camionetas de anuncios ambulantes, a más de todo el gentío que converge, coincide, choca y suda, roe, mastica, escupe y tira cosas a determinadas horas, dejando por la tarde cubiertas las calles de papeles rotos, cáscaras y residuos incalificables como si hubiese librado una batalla descomunal. El México viejo, a la hora del atardecer, es triste y feo a pesar de sus magníficos palacios coloniales. Hay que escapar de su seno y salir en busca de las Lomas de Chapultepec, de San Ángel o de algunas otras colonias nuevas que presentan horizontes, paz, aire limpio, suelos limpios, casas limpias. En diez minutos hemos pasado de lo oscuro a lo claro. Señal de que hay claroscuro.

José Moreno Villa, “Claroscuro urbano”, *Cornucopia de México*, México, La Casa de España en México, 1940

11

Como siempre, había mucha gente acumulada en la puerta de Sanborn’s, y niñas bien que cruzaban desde el templo de San Francisco para ir a desayunar chismes en la protestante casa de los azulejos, sin ver jamás el fresco pintado por Orozco. Saludó al paso a dos o tres personas. Las indias vendedoras de tejidos discutían con los turistas.

[...] Había mucha gente en la calle. Se acomodó al paso de la multitud y se dejó llevar hasta la esquina de Madero y la Palma, mirando ocasionalmente los escaparates, sin detenerse nunca, y saludando una o dos veces a conocidos que pasaban. Dio la vuelta en la Palma y luego tomó por la avenida Cinco de Mayo. A la altura de Motolinía compró la extra. Dudó en mirarla. Dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo del saco, caminando entonces hasta el café París-Express con su ridícula Torre Eiffel en miniatura, recortada en el rótulo.

Apenas hubo entrado, experimentó un violento deseo de salir. El café era como un baño de los más desagradables ruidos. Las voces le recorrían a uno el cuerpo igual que una corriente eléctrica, y la mezcla de gentes y de idiomas acusaba una especie de prisa vertiginosa, hirviente casi, como si quisieran llegar a una culminación siempre pospuesta, a un inalcanzable silencio. Vio las mesas verdes rodeadas de escritores, poetas y artistas; de refugiados españoles; de quintacolumnistas, espías y traficantes en drogas heroicas; de toxicómanos, mujeres equívocas y homosexuales; de políticos y comerciantes; de estudiantes y de jovencitas que tomaban té, café o coca-cola con el aire superior de estar al fin en el mundo y en su movimiento. Le desagradaban, además, las meseras, familiarizadas con los clientes hasta la desatención, y vestidas, con sus uniformes negros y sus delantales verdes, que parecían pintadas por Grosz, con sus caras viejas y maquilladas y sus cuerpos informes. Profesaba una decidida antipatía por el sitio, sobre todo desde el día en que había conocido los inefables lavatorios. Pero ya estaba allí. La cosa no tenía remedio.

Rodolfo Usigli, *Ensayo de un crimen*, México, Editorial América, 1944

12

No todo el secreto de la vida urbana está en las calles, en el tráfago, sobre el asfalto o el empedrado. Hay otra vida de la ciudad que, como la callejera, se desenvuelve al aire libre, aunque no se perciba fácilmente. Es la vida de las azoteas. El hombre que va por la calle camina olvidado de esta otra vida que se agita sobre su cabeza. No se da cuenta de que la ciudad, como el ser humano, tiene dos vidas, ni comprende que en la de arriba reside la parte espiritual. En buena lógica, el hombre de la urbe marcha bajo tierra, vive enterrado, mucho más abajo del nivel del alma de la ciudad, que por eso lo condena a tantos accidentes y sorpresas.

[...] En las azoteas está la ciudad ideal. Una ciudad abierta. Una ciudad sin barreras, sin tropiezos, sin impertinencias. Allí no se lastima nuestra vista, ni hay obstáculos para nuestras ambiciones, y hasta esos edificios petulantes o enloquecidos que en tierra nos imponen su voluntad, no son otra cosa que cabezas de náufrago, incapaces de detener nuestro vuelo. [...]

[...] En la azotea mexicana se ve jugar a los niños, se oye cantar a los pájaros, se observa el trajín de las mujeres lavando sus ropas o poniéndolas a secar, dándole a cada casa el aspecto de una nave llena de gallardetes y banderolas. Y en ocasiones se sorprende también a ese poeta famélico que llegó de un país hermano, a ese bohemio incorregible, o a ese soltero sin chamba, que vive en un “cuarto de criada” y que con su sola presencia hace de la azotea una buhardilla o un desvencijado atelier parisién. Yo les tengo gran cariño a las azoteas mexicanas, y constantemente subo a ellas para zambullirme en ese espectáculo incesante y original. Desde sus invisibles almenas siento más cerca de mí la ciudad, y advierto que algunos de sus ángulos más huidizos y herméticos se me desnudan confiadamente.

Juan Rejano, *La esfinge mestiza. Crónica menor de México*, México, Editorial Leyenda, 1945

La luz pellizcada de los anuncios de cerveza y seguros y ron y diarios alumbró con intermitencias los rostros de Ixca y Rodrigo. Carlos IV se erguía en el centro, comandando el movimiento de camiones y taxis mientras un altoparlante lanzaba, desde el edificio blanco rodeado de billetteros desanimados que regresaban a devolver los sobrantes, los números de la lotería. Por Rosales, los tranvías amarillos pasaban rechinando y un grupo de mujeres, en la esquina de Colón, se untaba saliva en las medias y en las cejas mientras, de Bucareli, bajaban corriendo y dándose manotazos en las espaldas y encolerizando a un perro pinto una docena de chiquillos descalzos vestidos de overol que acababan de repartir los vespertinos y ahora se dirigían a buscar puerto para su sueño en una banca de la Alameda o en los portales del Carmen: Rodrigo hesitó y cruzó Bucareli: –Vamos al Kiko’s a tomar un café. Todavía no tengo ganas de encerrarme.

Entre los hombres gordos vestidos de gabardina verde y los escuálidos, mal rasurados y las señoras de melenas aceitosas y los muchachos de blue-jeans que se peinaban los copetes y metían veintes en la sinfonola, los dos amigos buscaron una mesa.

[...]

Afuera, la noche levantaba entre sus manos los cimientos quebrados y las paredes sin espina de Santa María la Redonda. Los grupos de mariachis asaltaban los coches que penetraban en la Plaza Garibaldi; chaparreras y sombreros de fieltro cuajados de metal y guitarras y violines se agitaban de un extremo al otro del Tenampa; nenas con tobilleras rosa salían a bailar a cambio de una agua pintada. Los puestos de tacos de chorizo y gusano de magüey encontraban los dedos grasosos, las bocas gordas; el bailoteo de luz neón se disparaba al cielo, y en las sombras de la calle invadida de hombres y mujeres lacios, abrazados, laxos y sin rumbo, se ofrecían las tarjetas obscenas y los sobres con drogas y polvos. Carteles de los médicos del barrio, basureros volteados y las avenidas bullendo de pedazos de tortilla y perros sarnosos y enormes volantes de periódico desechado. Los pequeños cuerpos de overol y camisetetas rayadas y raso se detenían en las taquerías y los puestos de revistas y entraban en los cabarets de humo poroso donde el danzón arrastraba suave los zapatos y las melenas rebotaban con el mambo. En Bellas Artes la feria nocturna se disolvía antes de cobrar nuevo ímpetu –más secreto, menos cargado de lentejuelas– por San Juan de Letrán. El río humano, indiferenciado, en busca del rito de un domingo, de caras nunca y siempre vistas, impresas de rasgos singulares, pero todas idénticas: prietas, pétreas.

Carlos Fuentes, *La región más transparente*, México, FCE, 1958

No recordaba a su madre ni tenía la más remota idea de cómo había sido ni quién era. Su primer recuerdo eran las noches que pasaba debajo de una mesa de billar en un café de chinos. Allí dormía envuelto en periódicos recogidos en las calles y a la salida de los cines. Según él, tenía entonces seis años. A los ocho cuidaba un puesto de periódicos y revistas en Reforma, mientras el dueño iba a almorzar y a comer. Fue entonces cuando fumó por primera vez marihuana: “Me quitaba el hambre y me hacía sentir muy contento y muy valedor”. A los once fumaba ya seis cigarrillos diarios. Por ese tiempo entró a formar parte de una banda de carteristas que operaba en Madero y 5 de Mayo. Para “trabajar” necesitaba estar “grifo” y, a

buena cuenta de los cigarrillos que se fumaba, servía a sus jefes con una habilidad y una rapidez que bien pronto le dieron fama. Un día cayó en una redada. Lo llevaron a la delegación de policía y allí lo examinó el médico. “Intoxicación aguda por narcótico” fue el dictamen, y lo llevaron a un reformatorio de menores. De allí se escapó a los pocos meses y, escondido en un vagón de carga del ferrocarril, fue a dar a Tijuana.

Álvaro Mutis, *Diario de Lecumberri*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960

15

El primitivo convento, para cuya construcción el virreinato asignó a los franciscanos los terrenos en que estaba la casa de fieras o museo zoológico de Moctezuma, ocupó originalmente una superficie de 3.249 hectáreas, o sea, 32.490 metros cuadrados. La Reforma lo redujo a 2.191 áreas, o sea 21.919 metros cuadrados. Para apreciar aproximadamente la magnitud del convento, imaginemos un enorme trapecio irregular contenido en las actuales calles: al norte, de Madero (San Francisco); al sur, de Venustiano Carranza (Zuleta); al este, de Bolívar (Coliseo) y al oeste, de San Juan de Letrán –calle que tomó su nombre del colegio fundado en ella por los franciscanos–. En su enorme atrio, rodeado por capillas, cabían según dicho sin duda exagerado de Fray Pedro de Gante, hasta sesenta mil personas; y en la Capilla de San José de los Naturales, que él construyó, diez mil. A pretexto de que en su interior conspiraban los monjes, se decretó en 1856 la supresión del convento. Se abrieron calles en su antiguo recinto, tales como la de Gante y el 16 de Septiembre (originalmente llamada Independencia). Se dispersó su valiosísima biblioteca de 16.417 volúmenes, algunos de los cuales aparecieron más tarde en bibliotecas europeas; se vendieron a particulares terrenos del convento y se dio a los protestantes, que la conservan, la capilla que caía a la actual Gante. La parte que quedó en pie fue alquilada como caballerizas y bodegas del circo Charini, hasta que en 1895 fue la iglesia de nuevo consagrada y devuelta al culto católico. En nuestros días, el templo ha vuelto a la orden de San Francisco, que ha comenzado a repararlo y a decorarlo.

Salvador Novo, *México*, Barcelona, Destino, 1968

16

El muchacho que camina por este poema,
entre San Ildefonso y el Zócalo,
es el hombre que lo escribe:

esta página

también es una caminata nocturna.

Aquí encarnan

los espectros amigos,

las ideas se disipan.

El bien, quisimos el bien:

enderezar al mundo.

No nos faltó entereza:

nos faltó humildad.

19

Depuis la Conquête, Mexico semble voué à abriter une cité officielle à l'euro péenne –version renaissance, baroque ou libérale– et une cité anonyme, dont les contours et le contenu nous échappent, qu'elle soit indienne, prolétaire ou clandestine.

L'expansion urbaine se fit de manière plus chaotique que ne l'auraient souhaité les fonctionnaires et les hygiénistes du XXe siècle. En grande partie pour une raison propre à l'histoire de Mexico et de sa vallée. Bon nombre de terrains possédaient un statut particulièrement confus. L'absence ou la disparition des titres de propriétés, l'origine communale ou indienne, les usurpations créaient une situation embrouillée dont beaucoup surent tirer parti. En 1929, la substitution du département du district fédéral aux organes de la municipalité eut pour effet d'instaurer un vide administratif dont profitèrent spéculateurs et squatters sans ressources. Dans les années trente, ces "colonies" sauvages nées hors de tout contrôle administratif devinrent l'objet de l'attention du régime. Celui-ci se rendit compte que l'attribution officielle des lots à leurs occupants présentait un double intérêt politique: elle satisfaisait des revendications immédiates en même temps qu'elle créait des embryons de clientèles. Entre 1938 et 1939, les "colonies" Álvaro Obregón, 20 de Noviembre, Mártires de Río Blanco et plusieurs autres virent le jour de cette façon.

La politique de régularisation resta néanmoins fidèle aux axes de la ville porfirienne et à sa politique de ségrégation: on légalisa les "colonies" du nord de la ville, traditionnellement prolétaires, tandis qu'on se garda d'avaliser les "invasions" effectuées à l'ouest et au sud, dans des zones réservées aux classes moyennes et à la bourgeoisie.

Serge Gruzinski, *Histoire de Mexico*, Paris, Fayard, 1996

20

URBANOS, TERMINALES, DOLORIDOS,
 los diferentes soles de la tarde
 parecen estar más en mí que en el cielo,
 me duelen y me envejecen,
 se meten en todos mis rincones
 y me llenan de tiempo;
 los miro cada vez más rasantes y más próximos
 en las azoteas, en las calles, entre los edificios;
 me punzan como un recordatorio de lo que vendrá.

Antonio Deltoro, *Balanza de sombras* [Fragmento], México, Joaquín Mortiz, 1997

21

¿Qué es hoy día la ciudad de México? Una mancha expansiva que trepa por los cerros. Un inmenso lago desecado que, en venganza por la destrucción a la que fue sometido, va mordisqueando los cimientos de los edificios hasta tragárselos por completo. Un amontonamiento de

casas a medio construir que exhiben las varillas de la esperanza de un segundo piso que nunca se construye. Un muestrario de estilos abyectos. Un descomunal depósito de anuncios espectaculares orgullosos de sus barbarismos. Un vocerío sofocado por el claxon, la televisión permanente, los altoparlantes de las delegaciones, el fragor del periférico, los aviones al alcance de la mano. Mercado ambulante y sedentario de fayuca y pornografía. Circo de mil pistas en el que saltimbanquis, tragafuegos, niños disfrazados de payasos venden sus torpezas miserables. Barroco alarde del contraste que cotidianamente enfrenta la opulencia y la miseria como un auto sacramental de Calderón de la Barca que se volviera costumbrista. Madrastra de las inmigraciones provincianas. Guarida de asaltantes cuyas hazañas ya contamos, todos, en primera persona. Es una ciudad irreconocible de un día a otro día, de una noche a otra noche, como si entre una noche y otra noche o entre un día y otro día pasaran lustros, décadas, siglos.

Gonzalo Celorio, *México, ciudad de papel*, México, Tusquets, 1997

22

En 1925 el centro estaba lleno de señoras elegantes con piel de zorro al cuello, con sombreros de fino velillo que caía coquetamente sobre el rostro, zapatos y bolsa haciendo juego, cejas depiladas y labios muy rojos y cuando cantaban las mujeres tenían la voz aguda y clarita, la voz de las mujeres abnegadas y dulces, Esmeralda y la argentina Libertad Lamarque; desentonaba Lucha Reyes, aguardentosa y dispuesta siempre a la revancha, más tarde Chabela Vargas, sensual y trágica, cantaba en los años sesenta, cerca de donde estaría más tarde el metro Insurgentes, y luego Chabela volvió a cantar, era la década del 90, en “El Hábito”, invitada por Jesusa Rodríguez; los muchachos de antes iban trajeados y ensombrerados, de Sonora a Yucatán se usaban sombreros Tardán y se bebía cerveza Corona, ¿no decía Salvador Novo que “20 millones de mexicanos no podían estar equivocados”? En las calles de la Merced los indios usaban calzón de manta blanca y sombrero de palma y a su lado iban las mujeres con rebozo de bolita, trenzas y enaguas o vestidas con vestidos brillosos color rosa mexicano, no se veía el color, pero sabemos que era rosa mexicano, abundaban los niños callejeros, los mendigos, los perros sarnosos y los tamemes que cargaban sus enormes bultos o que en épocas de lluvia trasportaban sobre su lomo a los niños o las mujeres de clase media cuando la ciudad se inundaba, sus calles enlodadas; por Corregidora o Jesús y María, junto a los cajones de ropa, había puestos de fruta o de verduras frescas colocadas en perfecto equilibrio como en el famoso cuadro de Olga Costa. En expendios que aún existían en la década de los cuarenta se vendían las famosas gelatinas Rosita, amarillas y temblorosas y unas natillas líquidas avainilladas que se asocian en mi mente con el tepache, una bebida ahora poco frecuente, vendida en los puestos callejeros de San Cosme, al lado de Mascarones donde por entonces se alojaba la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Magna Casa de estudios, la UNAM.

Margo Glantz, “México: el derrumbe”, *América sin nombre*, 5-6, 2004

23

Almacén de la nostalgia, sede de las protestas, asiento de (algunos de) los poderes, confederación del desgaste integral y de los temores remodelados, el Zócalo es el espacio irrenunciable. En el caso de la inmensa mayoría de los mexicanos, la vida laboral y cotidiana trans-

curre lejos del Zócalo, no así el sentido de la vida simbólica, monopolio que continuará hasta la repartición justiciera de un Zócalo virtual. Mientras, el Zócalo es lo que nos queda de la idea material y mítica del México anterior a la globalización y su vaivén de ambiciones, hazañas de multitudes, demandas legítimas, excentricidades, tuteo psíquico con las jerarquías, querellas, evocaciones, duelos, victorias sobre el individualismo y sobre la colectividad.

Si no fuera por el Zócalo, las nociones del Centro se diluirían en incontables oficinas y edificios y gestos de mando, o en el flujo de trueques que hoy van a dar a la mar que es el *e-mail*. Duelo de contrastes: las instituciones se aíslan en su rotundidad electrónica y su ineficacia, y el Zócalo, por su condición accesible, sus usos múltiples, su rehabilitación continua del gregarismo, es democrático en el sentido más diáfano: aquello que, progresivamente, al admitir todos los ajetreos reales y alegóricos, nunca deja fuera a sus espectadores. El Zócalo no discrimina y por eso, se le adjudica la calidad de cementerio simbólico adonde acuden las multitudes cuando sienten cercano su fin. (No se duda: sólo las muchedumbres mueren realmente solas).

El Centro Histórico de la Ciudad de México. Texto de Carlos Monsiváis. Imágenes de Francis detto Alÿs, s.l., Turner / MACBA, 2005